

UC Berkeley

Lucero

Title

Jesús Urzagasti

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/9z92f197>

Journal

Lucero, 14(1)

ISSN

1098-2892

Author

Urzagasti, Jesús

Publication Date

2003

Copyright Information

Copyright 2003 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

es suficientemente comprendido, el esfuerzo realizado no obtiene eco, el aislamiento es mortal, etc. Yo he aventado esas debilidades con una observación que me ayudó mucho en una situación difícil: Me dije, pues, que a mí nadie me pidió que escribiera poemas y novelas; lo cual era verdad. Y si eso era así, no tenía por qué pasar la factura por un trabajo adicional que me había impuesto a mí mismo sin saber el precio que debería pagar por él.

Naturalmente entre mis más íntimas convicciones está la de ser heredero de vertientes raciales y culturales que pueden configurar un vasto universo: desde la magia primitiva, pasando por la efervescencia presente, hasta el ritmo occidental. No creo, como muchos propalan, que el alma del mestizo de este continente sea recipiente del caos; por el contrario, es una fuente dormida de grandes conocimientos. En mi condición de escritor mestizo, que habla y produce en castellano, considero que la clave está en el lenguaje. Es decir, cómo hacer para que la música y el ritmo de tantos idiomas nativos que perforan el idioma oficial hallen cauce armonioso en la lengua materna. A mi modo he dado y seguiré dando respuestas a esa pregunta que la juzgo fundamental.

Para cerrar esta suerte de confesión, quiero recordar lo que le ocurrió a un amigo de La Paz —políglota muy versado en las modernas teorías literarias— cuando estuvo en mi provincia, en la frontera con el Paraguay y la Argentina. El quería conocer a los maticos y quería escuchar su idioma. Le pedí, pues, a un hombre matico que hablara en su idioma para que mi amigo lo escuchara. El matico me preguntó: “¿Tu amigo quiere escuchar el idioma de los maticos o el idioma ‘invisible’ de los maticos?”

Quisiera agradecer al Departamento de Español y Portugués y a la Profesora Estelle Tarica, quienes me dieron la oportunidad de conocer y entrevistar a Jesús Urzagasti. Agradezco el apoyo de Sarah Moody quien me ayudó a transcribir la entrevista. Y finalmente agradezco a Jesús y a su familia, particularmente a Sulma, quienes contribuyeron con su tiempo y generosidad para continuar el diálogo desde Bolivia.

JESÚS URZAGASTI

POEMAS DE EL ARBOL DE LA TRIBU

LA CIUDAD ETERNA

Pienso en Atenas y en los ojos que la divisaron en la dorada antigüedad y en los tiempos que corren. Recuerdo la Atenas que verán los que aún no existen ajenos a la ira o la protección de enigmáticos dioses. Pienso en mí mismo que estando vivo no la conozco y apenas imagino su vegetación y el idioma vetusto de sus esplendores y la oscuridad de los bárbaros que alguna vez la asediaron para profesarle amor. Atenas creció entre veranos adornados de mitos vivos miradas de muertos y luminarias detenidas en el mar y la remota semejanza con ciudades que nadie soñó. ¿Por qué asombrarme de que me ate a ella algo más que la fantasía del pasado librado a la premonición? ¿Por qué negarme a la súbita invención de un puente a una imagen por donde cruzan multitudes vigorosas salidas de la nada y seducidas por el sonido del vacío? De París conservo el aromoso emblema primaveral el otoño y el crudo invierno que los amantes adoran el desencuentro amarrado a una dulce y voraz lengua los luminosos extremos cuajados de música y polen las piedras del cielo dormidas en la tierra fosforescente. La caminé con esmero de animal entendido en prodigios y la convertí en lo que soy: ausencia de otro tiempo. La miré mientras me albergaba a un costado de su río y la volví a sentir en la algarabía de un hermoso ayer metrópoli arduamente pulida por tantos desconocidos. Atenas y París nada me proponen en esta urbe andina salvo reclamar una intensidad de mar y noche en vela quizá un viento de sueño que alborota a los transeúntes embriagados en otros boulevares de la Ciudad Luz o en la urbe griega propicia a cualquier turbulencia del invisible misterio acumulado en tantas edades. Nada me dicen y sin embargo un hombre cada noche abre una puerta de la rue Saint Denis. En el piso superior lo aguarda una mujer desnuda. Lo esperó siempre con el susurro de las lámparas apagadas. Lo aguardará como una estatua cubierta de lianas. En el curso de tantos siglos aprendieron a repetirse y son los desafortunados que añaden luz a la oscuridad.

MARGARITA CUÑANCHIRO

Sé que tu bárbara cabellera aún cae en la noche
y no sé nada más cuando miro el bosque en movimiento
la luna como al principio del mundo que no recordamos
y esos sigilosos habitantes que desaparecieron para siempre.
Se salvó tu cabellera del incendio se salvó del diluvio
sólo en la noche cálida golpea la tierra fosforescente
y al final emergen unos ojos tristes para mirar los caminos
un sol negro y un viento que cruza cabalgando la soledad.
El arroyo lo dejé para el infatigable rey de la selva
la tierra húmeda quedó para tus pasos de animal insomne
algún día los sonidos que nos hablan de la pureza derramada
encontrarán oídos alertas en la más temible frontera
habrá una estación distinta un portón un caballo petrificado
un quizás para el creyente y un tal vez irreprochable
nada está tan cerca del abismo como la luz en tus ojos
es apenas un tambor y no lo sabes ni lo sabrás nunca
es apenas una escritura en el fiel follaje de la sangre
cuando veo tu cabellera recibo las cartas del destino
aquí no pasó nada todo se decidió en súbitas floraciones
más abajo se detienen tus ojos para mirar el incendio.

LA JORNADA

Larga y aparentemente inútil es la jornada de los pájaros
breve y contundente la del que camina al borde del abismo
al final sólo quedan los cerros y las llanuras infinitas
la noche que se ha de repetir con sus inauditas floraciones
las trenzas de las muchachas en las siestas del verano
el mundo redondo y la tierra alumbrada por astros remotos
y el hotel de una ciudad lejana que alguna vez te albergó
sin medir las consecuencias de tu mirada de animal ciego.
Eso queda al final y la voz que no es la misma de antaño
y la historia como un bosque que crece bajo otras lluvias
y los caminos de bordes colorados para detener la locura
todo junto no alcanza para silbar y caminar por las calles
todo lo reunido cabe en la tos y en la campera aún mojada
todo en la cabeza en los tendones en los cabellos crecidos
en la guitarra que se desmorona entre molles y sauces
en la embriagadora dicha que sopla libre y fraternal
incluida la mano franca de tantas ausencias redimidas.
Pero el que te soñó galopando como potro indómito
conserva la joya resplandeciente de las premoniciones
la mujer encarnada una y otra vez en el alba indecisa
la palabra que se parapetó en el silencio para hacer fuego
una y otra vez sobre las causas efímeras una y otra vez
hasta despertarte arrimado a luz volando como un pájaro.

TANIA

Ahora que estoy muerta
más muerta que mi infancia
nadie puede cerrar mi boca.
Nadie.
Yo soy Tania
la que soñó con la miel de los campos
recostada bajo los álamos
tendida sobre un mundo infame.
Yo soy Tania.
Cuando me acuerdo de mi nombre
en este oscuro silencio que me rodea
me vuelven deseos de beber la luz del día
con mis ojos claros.
Estoy muerta pero no me iré del mundo.
Debajo de la tierra yace también la justicia.
Soy hermosa y mi amante también lo es.
Vamos a ver qué sale de este amor tan loco.
En el fondo de la tierra pariré mis hijos.



RUMALDO MATILDE SARDINA

Me mataron hace mucho tiempo a la orilla de un río cuando dicho río corría apartando grandes árboles y yo sólo era el acosado espíritu del bosque en las aguas. Resucité velludo una mañana de octubre ávido de sangre y de luz extraída de los incesantes confines del universo primero caminé silbando por las quebradas del monte natal apenas cubierto con el chiripá de mis fieros antepasados una lanza en las manos unas boleadoras y el inasible puñal. Otra vez me mataron en el campo raso de la frontera bajo las estrellas que nada sabían de mundos oscuros. Reaparecí como peón de una estancia llena de forasteros y de mujeres achinadas hechas para el idioma del silencio entre esos hombres y animales indómitos tal vez fui feliz hasta que me mataron de un cuchillazo veloz y equivocado. Fervoroso reanudé la marcha con mis muertes a cuestas sobrio en los vendavales caprichoso en la primavera seguido por hembras que dejaron todo por mi soledad era amigo de los pájaros y me alimentaba de raíces y era el sueño de alguien que nunca me perdió pisada. En medio de libros y agobiado por arduos razonamientos ya no aspiro el aire de las ciudades sino el otro aire nada me consuela sino el aroma de la tierra en la noche y cuando entro al lecho de sábanas blancas quizás duermo o tal vez me desvelo como animal en celo y me encabrito y amanezco cada vez más indócil a las letras de mi nombre alarmado de pies a cabeza por las palabras que me habitan señor peludo comiendo las flores de un jardín prohibido.

SOLEDAD

Antigua maga que sólo canta en el desierto tan dócil tú y tan bárbara en primavera. Estás allí donde indecisa crece la penumbra buscando una efigie en la espesura de la vida. A medianoche te desentierran los recuerdos. ¿Retornará caliente el verano? ¿Caminarás desnuda en la memoria de los desalentados? Soledad compañera amable de los réprobos la rutina te esconde y las colinas también. Sumergida como un talismán en el bosque acumulas el memorable zumbido de la palabra y la velocidad de la piedra privada de nombre. ¿Descenderás del monte con tu falda de franela? ¿Entrarás sola en la cámara del más oscuro rey? Soledad en un lejano atardecer de oro que la fiesta se prolongue entre los árboles al fin y al cabo eres la que nunca falla: cuando la hermosura repentinamente se agosta apareces inocente como el alma de los campos. Novia burlada o muchacha que jamás engaña en la soledad de una habitación eres Soledad sin sombra de llanto ni usada por el espanto negra cabellera crecida debajo de los ríos hambrienta de verdad y abierta a los caminos.

INTERLUDIO

Si el hacha es peligrosa para el árbol no lo es para el pájaro viajero. Ambos merecen respeto. ¿Por qué habría de salvarse el que vuela y no el que en la tierra quedó prisionero?

Cuando sale el sol pienso en el mundo cuando cae la noche pienso en el mundo. Al mediodía pienso en mi amada en jardines que las sombras devoran.

Soy un pastor de cabras. Todas las tardes vuelvo con ellas del cerro. En las noches cuento las estrellas. Vivo feliz cuidando otras vidas.